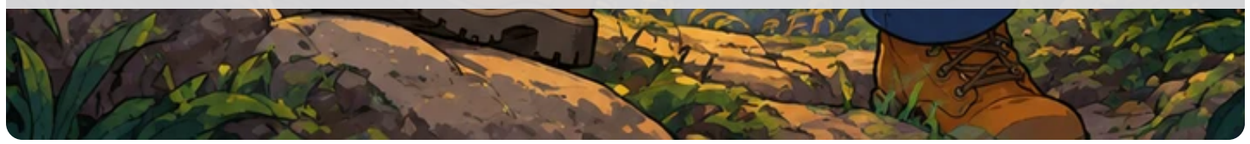


La noche en que mi padre se encontró con el Guando

angelica salazar





Desde joven, Mateo caminaba largos senderos para llegar a la finca donde trabajaba, saliendo siempre antes del amanecer y regresando al oscurecer.



Por las noches, alrededor del fogón de leña, los ancianos compartían historias y leyendas de la región, advirtiendo sobre los misterios de los caminos solitarios.



Una tarde de invierno, una fuerte lluvia y la espesa neblina sorprendieron a Mateo mientras terminaba sus labores en el campo.



Con su ruana puesta y una linterna en la mano, emprendió el camino de regreso a casa sintiendo una extraña y silenciosa atmósfera en la montaña.



Mientras avanzaba entre los árboles altos y la densa neblina, comenzó a escuchar pasos lentos, pesados y sin voces humanas.



Un escalofrío recorrió todo su cuerpo al escuchar lamentos lejanos que venían desde el fondo del oscuro sendero.



A través de la neblina, distinguió unas sombras oscuras que cargaban algo pesado sobre sus hombros, recordando de inmediato las aterradoras historias del Guando.



Sintiendo un miedo profundo pero recordando los consejos de su abuelo, Mateo se hizo a un lado del camino para rezar en silencio con su escapulario.



Poco a poco, los lamentos y el sonido de los pasos se fueron alejando hasta desaparecer por completo en la fría noche.



Divisando finalmente la cálida luz de su hogar, Mateo llegó a casa a salvo, donde su madre lo recibió con una taza de café caliente.